

como la separacion establecida del resto de la Iglesia universal. Además en una doctrina tan espiritualista como la doctrina del pensador suizo no podia tener grande trascendencia una ceremonia tan material como la ceremonia que aplicaba el agua del bautismo al cuerpo de los niños. En sentir del reformador, la sangre de Cristo nos lava del pecado y no el agua bendita de ninguna Iglesia. Ninguna cosa externa sirve ni á nuestra justificacion ni á nuestra purificacion interior. En tal doctrina la ceremonia bautismal queda reducida puramente á lo que se reducen las iniciaciones y los signos materiales en toda asociacion de cualquier género y de cualquier importancia. Lo que le dolia en esta crisis gravísima era la perturbacion, mas aun que el error. Así, convocó á lo que llamaba un coloquio para entender en el asunto. Y con efecto, el coloquio se verificó el dia 17 de enero de 1525.

Ardiente fué la discusion. Los anabaptistas todos se lanzaron sobre Zuinglio con el mismo ardor con que Zuinglio se lanzaba en conferencias anteriores sobre los católicos. En efecto, contradiciendo el reformador su propia doctrina en virtud de una de esas contradicciones con que detiene la experiencia y la práctica aun á los mas idealistas é innovadores, Zuinglio recabó de su consejo que impusiese por fuerza el bautismo de los niños por los padres so pena de expulsion y de destierro. Tal determinacion contradecia toda la doctrina del revolucionario y derogaba todos sus compromisos. A consecuencia de ella, comenzó la persecucion material contra hechos, pura y simplemente espirituales. Esta violencia obtuvo por todo resultado un aumento en la exaltacion religiosa de los nuevos creyentes. Por las campiñas pululaban las gentes ansiosas de tomar las armas; y por las ciudades se organizaban sectas formidables que obligaron á un nuevo concilio reunido en noviembre de 1525.

Apretó dialécticamente á sus contrarios Zuinglio sin reducirles al silencio. Demostróles que sus nombres de pila demostraban la verdad de su bautismo aunque no demostraran la eficacia. Ellos definieron sus ideas con este motivo y las propagaron en la conciencia pública. Decian que deseaban morir con Cristo para con Cristo despertar en el dia de la resurreccion; declaraban que todas las sectas opuestas á su secta tenian la inficion de Belial. En su Iglesia, los sacerdotes debian designarse y elegirse por voluntad unánime del pueblo;

pero los cristianos verdaderos, y sobre todo los verdaderos sacerdotes, no debian aspirar á ser magistrados como Cristo no aspiró jamás á ser monarca. El juramento les era odioso, y el principio de la justificacion por la fe no les era tan acepto como al resto de las Iglesias revolucionarias. Su mayor flaqueza estaba en su moral, pues dejaban á todas las pasiones humanas rienda suelta, en el sofisma tristísimo apoyados del apartamiento y separacion entre el cuerpo y el alma. La inspiracion interior se elevaba en su concepto á la estirpe de las verdaderas y santas y eternas revelaciones religiosas.

A pesar de todas estas exageraciones el anabaptismo helvético no puede compararse con el anabaptismo germánico. Y aunque la guerra entre las clases superiores y los campesinos se empeñó, si estos no alcanzaron todo aquello que se les debia en justicia y de derecho, alcanzaron por lo menos la abolicion de la servidumbre. A pesar de esta superioridad del movimiento helvético, se alzaron los cadalsos en aquella tierra de la libertad y ejercieron en el seno de aquella democracia su horrible ministerio los verdugos. Cuéntanse cosas particularísimas de los últimos instantes del anabaptista Manst. En su camino desde la prision al suplicio no dejó un punto de alabar á Dios ni de responder á las objeciones opuestas á su doctrina por el pastor que le asistia y le acompañaba. Mientras pronunciaba estas palabras, le ataron los brazos y le arrojaron á un rio. Así la libre Suiza cayó en una de esas contradicciones que abundan en la vida de los pueblos y en los anales de la historia.

No es la cuestion del bautismo aquella en que Zuinglio se distingue principalmente de los demás revolucionarios, es, la cuestion de la Eucaristía. Segun la doctrina católica desaparecen el pan y el vino en la misa para trasustanciarse en el cuerpo y la sangre de Cristo. Lutero, con esa sutileza escolástica que le distingue, sostenia la permanencia del pan y del vino, pero tambien tras de ella la realidad de la presencia de Cristo. No admitia, pues, la trasustanciacion y admitia la consustanciacion. Teniendo el Redentor dos naturalezas, y teniendo estas dos naturalezas el don de la ubicuidad, para Lutero Cristo estaba realmente en el pan y en el vino como realmente está en todas partes. Así trataba de compaginar el reformador su libre interpretacion de la Escritura con las palabras textuales de la cena sin caer en la doc-

trina católica. Zuinglio, en su espiritualismo, no podía de ninguna suerte admitir esta interpretación que consideraba puramente materialista. No creía ni en la trasustanciación ni en la consustanciación y tachaba de igualmente contrarios al espíritu evangélico el dogma católico y el dogma protestante. Aquí, en este punto á primera vista escolástico y teológico, pero en su esencia muy trascendental, nótase la gran diferencia existente entre la revolución religiosa en Alemania y la revolución religiosa en Suiza. Lutero es un monje que no se aparta ni de sus celdas ni de sus altares sin que el corazón se le desgarre y se le perturbe la conciencia, mientras Zuinglio entra en la Reforma como en la patria natural de su espíritu y la difunde sin escrúpulos y sin estremecimientos, como si la creyera congénita con su existencia. Lutero, dentro de la revolución aparece como el más conservador de los revolucionarios si se exceptúa Melancton, y Zuinglio concede á todas estas tendencias conservadoras aquello que no puede humanamente negárseles. Admitiendo los dos á una como revelado el Evangelio, atiéndose Lutero á la letra y Zuinglio al espíritu. Lutero era ante todo un orador; Zuinglio era ante todo un dialéctico. Por tal causa no hay en su vida los accidentes dramáticos ni en su enseñanza las contradicciones lógicas que en la vida y en la enseñanza de Lutero.

La Eucaristía es el sacramento que más eleva en el dogma romano al sacerdote. Por virtud de ella Cristo desciende en cuerpo del cielo á las manos de un mortal, y su sangre propia, la misma con que regó el huerto de las Olivas y el monte Calvario, se derrama y trasfunde por las venas del consagrante así que ha consumido la hostia y apurado el cáliz después de presentarlos elevándolos en las alturas á la contemplación y adoración de los fieles. Por la Eucaristía existe la misa católica y por la misa católica existe la invocación de los santos, la intercesión por los muertos, las ofrendas y obras que aplacan la cólera del cielo y abren las puertas del purgatorio. Por consiguiente al atacar la Eucaristía tal como la profesaban los católicos y la presencia de Cristo en el pan y en el vino como la profesaba Lutero, el revolucionario suizo mantiene la doctrina indudablemente más radical y pertenece á la escuela más avanzada dentro de la revolución religiosa. Adorador del texto evangélico no puede negar aquella noche que precede á la Pasión, aquella

cena donde trata el Salvador de quedarse entre los suyos, ora por medio de palabras sacramentales, ora por medio de encargos y reconvenciones sublimes; no puede negar aquella escena tierna y patética que los siglos han confiado á los siglos agrandándose por la virtud creadora y santificante del tiempo; mas niega que se haya instituido allí la Eucaristía y se haya dado el cuerpo de Cristo en perpetuo alimento á un sacerdocio privilegiadísimo: la cena solo significa, en concepto de Zuinglio, la conmemoración que precede á la muerte del Salvador y la tierna despedida del justo que se apercibe á subir al madero de la cruz para dar sangre y vida en cumplimiento de la voluntad de su Eterno Padre por la redención del humano linaje. En tales interpretaciones ¡ah! no se hallan ni la trasustanciación católica ni la presencia luterana.

Resumamos las ideas capitales de Zuinglio sobre la Eucaristía. La realidad del cuerpo de Cristo no estaba para él en la hostia consagrada ni en las palabras sacramentales; la realidad del cuerpo de Cristo estaba en la contemplación de la gracia dispensada por el Eterno Padre al humano linaje con la misión y envío de su divino Verbo. De consiguiente no creía que el cuerpo de Cristo pudiese mezclarse con nuestra saliva, digerirse por nuestro estómago, meterse por nuestras venas. Así Cristo, cuando los apóstoles reconvenían á la Samaritana por haber empleado en bálsamos olorosos el dinero que debía destinar á los pobres, díjoles aquella frase de que tendrían siempre consigo á los pobres y no siempre le tendrían á él, frase condenatoria de la presencia real y de la comunión eclesiástica. La divinidad de Cristo para Zuinglio se halla, como la divinidad esencial misma, en todas partes; mientras que la humanidad se halla, como los cuerpos, limitada por el tiempo y por el espacio. Sucédele á Cristo lo mismo que le sucede al hombre. Con su espíritu puede subir al cielo y bajar al infierno, extenderse por lo infinito, evocar los tiempos pasados y traer los tiempos por venir, mas no logrará jamás que se rompan y borren los estrechos límites en que se halla engarzado su cuerpo. La humanidad de Cristo, el organismo en cuyo seno encerrara su divina sustancia, el cuerpo, en una palabra, se halla según el dogma religioso que proclama la ascensión allá en la inmensidad de los cielos. Y no puede por consiguiente bajar á la hostia por medio de los conjuros y evocaciones de la misa. Y aunque bajara y viniera por tal motivo entre nosotros, así como

el cuerpo no puede alimentarse de ideas espirituales, el alma no puede á su vez alimentarse de ninguna cosa material. ¿Para qué quiere nuestra alma, necesitada de esencias, la grosera materialidad del cuerpo de Cristo? Si en la cena los apóstoles se comieron la naturaleza corporativa del Salvador, quiere decir que devorada y consumida esta, mucho antes de los sufrimientos en el huerto y de la muerte en el Calvario, resulta fantástica y embustera la Pasion y por consecuencia, resulta mentira que nosotros nos hallemos desde entonces redimidos y salvados. Así es que Zuinglio aconsejaba á los fieles congregarse, no para comer la carne y beber la sangre material de Cristo, sino para conmemorar su Pasion santísima y sentirse por medio de esta Pasion redimidos y salvos.

La doctrina radical de Zuinglio contradecía y negaba la doctrina media y contemporizadora de Lutero. Este, ardiente y excesivo en su fe, exaltadísimo en sus pasiones, dado á la polémica como el militar á la guerra, vertió sobre los disidentes la cólera misma que antes vertiera sobre los católicos. Resuellos de indignacion salieron de aquel pecho de bronce, palabras ardientes en ira brotaron de aquellos labios amargados por tantas hieles, frases de esas que en el alma se clavan como se clava el candente hierro en las carnes llegaron á los oídos de los innovadores denominados sacramentarios entonces, y tanta cólera, propia de la complexión del reformador, no bastó á mover ni agitar el alma de Zuinglio, tranquila en el seno amoroso de su arraigada fe. Resintióse mucho el republicano suizo por la medida que Lutero tomara de prohibir las obras sacramentarias en la Iglesia luterana contra todos los principios del exámen libre y de la libre conciencia. Pero ni una palabra que pudiera parecer amarga se escapó de aquellos labios perfumados por las sacras mieles del mas puro misticismo. Respondió sí, antes por salvar el principio de libre contradicción que por contender con las pasiones luteranas. Quejábase, pero con dulzura, de anatemas lanzados sobre su doctrina sin conocerla y sin juzgarla. En los momentos de mayor pasion, ¡ah! no podía olvidar que Dios suscitó aquel grande hombre para derruir el Pontificado, como antes suscitara en sus designios inescrutables á David para derribar á Goliat. El primero que, cara á cara, osó mirar al Antecristo, debía ser por todos cuantos contribuyeran á salvar las almas de las garras de Roma considerado como instrumento de

Dios. Y si el mayor de todos esos instrumentos, si Lutero llegaba en su delirio á cegarse, ¡oh! Zuinglio no podía en su piedad y en su misericordia combatir sino compadecer á un ciego.

El carácter sobresaliente de la doctrina de Zuinglio es su conformidad con la naturaleza y el temperamento de su vida. Tiene por tanto, la sencillez evangélica, la libertad natural y el federalismo apropiado á la tierra donde surgia y á los ciudadanos cuya trasformacion preparaba. Y los medios prácticos que la cumplian armonizábanse á su vez con la doctrina teórica. Una serie de proposiciones al pueblo y á sus consejeros bastaba para lograr la metamorfosis lenta y progresiva de los espíritus y de los ánimos. Así por 1525 propuso que se suprimiera la misa. Y á fin de impedir con esta supresion sacudimientos violentísimos, propuso que se abolieran todas las coacciones encaminadas antes á llevar á los fieles á tales ceremonias. Poco á poco, en virtud de este método seguro de libertad, la liturgia ortodoxa cayó de las costumbres como antes habia caído de las conciencias. Mas, á fin de no dejar las almas completamente huérfanas, sabedor de que necesitan alguna creencia y alguna ceremonia nueva en reemplazo de las antiguas ceremonias y creencias, propuso una nueva liturgia, sobre todo para la conmemoracion de la Cena. Mesa de pino cubierta con limpio mantel sustituia sencillamente á los antiguos altares; blanco pan sin levadura, como el amasado por los judíos en su Pascua, sustituia á la hostia; copas de madera, talladas en los pinos alpestres que han sustentado la nieve y han sufrido el rayo, sustituian á los cálices; y la conmemoracion tierna y sencilla de la Cena de Cristo reemplazaba el sacrificio de la misa, leyéndose los textos de San Pablo relativos á este acto de la vida del Salvador, murmurándose en los oídos las palabras puestas por el discípulo predilecto en su divino Evangelio, despues de decir algunas oraciones á la callada y antes de elevar en coro melodiosas estrofas á las alturas.

Imposible que una idea se desarrolle sin contradicciones y sin batallas una revolucion. Gran parte de los cantones suizos persistian aun en la antigua forma y rechazaban las innovaciones revolucionarias. Dentro de la forma secular ó republicana existian por esas contradicciones propias de los siglos medios así los poderes absolutos mas horribles como los señores feudales